

CAMA DE RIBALLIER ESTILO DEL RENACIMIENTO.

*Exposicion de Paris de 1855.*

6 DE JULIO DE 1856.

En la Exposición de la industria y de las bellas artes de todas las naciones, abierta en París el 15 de mayo por el emperador Napoleón III, en los Campos Elíseos de París, en donde había alzado un palacio bazar inmenso á que han concurrido todos los pueblos del mundo, se han admirado mil preciosidades, y se ha visto hasta dónde podrá llegar el lujo aun en los muebles mas usuales y comunes de la vida.

Después de haber recorrido el conjunto de los productos contenidos en el palacio central, y haber echado una rápida ojeada sobre la inmensa serie de objetos que se presentaban á nuestra asombrada vista, vimos en la *Sala del Panorama* la exposición de los muebles franceses. La exposición que teníamos á la vista se dividía en tres divisiones principales. A lo largo de la pared de la derecha estaban arrimados la mayor parte de los muebles grandes, que si hubieran estado en el centro hubieran quitado la vista. En medio están las camas, las mesas, las sillas, todos los muebles manuales. En fin, á la izquierda, en forma de cuartos practicados en los huecos, debajo del Panorama, se encuentra la exposición de tapices. En este departamento de muebles, el número de los expositores de esta industria, casi exclusivamente parisiense, se eleva á cerca de ciento cuarenta; y puede decirse que el mundo entero es tributario del barrio de San Antonio. Solo en este ramo ocupa cerca de doce mil obreros, de que la mayor parte son verdaderos artistas, y el movimiento ordinario de la venta sube todos los años á muy cerca de treinta millones de francos.

Las maderas empleadas en general por ellos, son la caoba, el palisandro, el ébano, el peral teñido de negro, el fresno, la encina, y esa madera de thuya ó árbol de la vida que comienza ahora su fortuna.

El mueble sin rival que vimos en esta sala de la Exposición, era una cama esculpida, tallada, trabajada como una verdadera obra maestra de Riballier. Sus dos cabeceras presentaban la forma de dos magníficos templos con un escudo de armas y grandes espejos incrustados con adornos de plata y oro en el género del renacimiento. Los dos frentes son ricos, aunque lo sobrecargado de sus columnas los hace pesados. En los cuatro ornamentos que tiene la cama, dos en cada frente, hay cuatro figuras de mujeres casi del tamaño natural. Mas que una cama, parece un suntuoso trono de Schah de Persia, cuyas magníficas tiendas y suntuosos vestidos tuvimos ocasión de admirar en otro punto del palacio de la Exposición. Nada tiene que envidiar este suntuoso lecho á las magnificencias que ha presentado el Asia en la Exposición á los deslumbradores ojos de la Europa.

Esta magnífica cama está apreciada en cerca de sesenta mil duros. Es seguro que en los tiempos en que las costumbres del Oriente introdujeron la disolución, el lujo, la voluptuosidad en Roma, la señora del mundo, cuando en un festín se consumían cantidades bastantes á comprar un reino, y que hoy parecen fabulosas, no tendrían las emperatrices romanas un lecho tan magnífico y suntuoso como el de Riballier.

## MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuación.)

V.

Mientras Annasser en Medina Azzahrá consagraba su vida al placer y al amor, su mujer, la gran señora Murchana, siguió devorando silenciosamente el dolor de sus desdenes, en su solitario retiro del alcázar de Córdoba, de donde solo salía de tarde en tarde, para ir á la Aljama, donde pedía á Allah con humildes oraciones que perdonase al desconocido é ingrato esposo, ya que no le trajese á sus brazos. Puesto que ella antepusiese el dolor de no ver á quien amaba, al mayor aun de verle en ajenos brazos, todavía vino á Medina Azzahrá en dos ocasiones señaladas, á cuyo propósito los autores árabes cuentan algunas anécdotas que nos parece del caso recordar.

Acaeció la primera en ocasión que el emir adoleció de un grave accidente, y necesitando sangrarse, entró á visitarle su *thebib* médico, en el aposento llamado *albahu* de en medio, que formaba parte del pequeño alcázar del califado, que descollaba en lo mas alto de Medina Azzahrá. El thebib se armó de sus instrumentos y ligó la mano de Annasser; cuando hé aquí que entró por una ventana un estornino, y subiendo sobre el vaso de oro destinado á recibir la sangre del califa, recitó á manera de canto estas palabras:

«¡Oh, tú que sangras al emir Almumenin! ságrale con suavidad; pues vas á cortar una vena en que está la vida de dos mundos.»

El estornino repitió estas palabras una y otra vez con gran admiración del califa, cuyo ánimo abatido se recreó de tal manera con aquella invención, que muy en breve se recobró de su desfallecimiento y dolencia. Celebrándolo, pues, por invención muy ingeniosa, preguntó á quién debía aquel solaz; y le dijeron, que á la *Sida Alcubra* Murchana, madre de su hijo el príncipe heredero Alhacam. El régio esposo no llevó su agradecimiento hasta el punto de devolver á Murchana su antiguo cariño; pero reconocido, la dió gran muestra de su liberalidad, enviándole un regalo que le costó treinta mil dinares de oro (1).

La otra ocasión en que Murchana dió á Abderrahman nuevos testimonios de su constante afecto, fué en la grave y postrera enfermedad que le asaltó en medio de tales negocios y placeres. Cuentan los autores árabes, que Abderrahman Annasser pasó en Medina Azzahrá los últimos meses de su vida, solazándose con la buena conversacion de los sabios y alfaques de su corte, y sobre todo con las palabras cariñosas, dulces y discretas de su amada Azzahrá, de *Mozna*, que era su secretaria; de *Aiza*, doncella cordobesa, la mas honesta, hermosa y sabia de su siglo, y de *Safia*, poetisa sevillana, muy bella é ingeniosa. Al lado de ellas pasaba el califa las ardientes horas del mediodía, á lasombra de aquellos bosquecillos y verjeles que, como dice un historiador, ofrecían mezclados en vistosa confusion racimos de uvas y de dátiles, naranjas, granadas y otras frutas á cual mas bellas y vistosas, alzándose en medio de cuadros de flores surcados por arroyos cristalinos. Allí las armoniosas voces de las esclavas, formando agradable concierto con los cantos de los ruiseñores, huéspedes de la espesura, y con el murmullo de las fuentes, recreaban el ánimo del emir, que ya se sentía poseído de cierta melancolía, presagio de su muerte cercana. Pero todas aquellas delicias no pudieron aliviarle del peso de sus muchos años, que abrumándole al fin, le hizo caer para no levantarse mas. La sultana, puesta en gran cuidado y angustia por la noticia de su enfermedad, abandonó de nuevo su retiro, y entró por segunda vez en Medina Azzahrá. Fué su venida á tiempo que agravándosele su mortal dolencia, cayó Annasser en un espantoso delirio, y *Xaithan* vino á atormentarle con extrañas visiones, para hacerle dudar de la misericordia divina. Creyó, en el desorden de su imaginación delirante, que volvía á los tiempos en que levantaba la fábrica de Medina Azzahrá, y celebraba su inauguración con grandes festejos. En medio de aquel alborozo y regocijo, imaginó que oía los lamentos de millares de musulimes, que padecían cautivos en las partes de Afranch y alzaban contra él sus gritos y maldiciones, que no solo resonaban sobre el estruendo de la popular alegría y la música de las zambras, sino que subían hasta el mismo pabellón ó trono de Allah en medio del *Genn Annaim* (2), acusándole ante su justicia. Si el emir Almumenin apartaba sus aterrados ojos del airado semblante de Yehovah, se le aparecían por otra parte genios disformes y de espantable aspecto que silbaban y gemían lúgubrememente como si fuesen aves siniestras que rodeasen su tumba. El califa ya se sentía desfallecer con tal angustia, cuando sintió como el soplo de una aura fresca y suave, que pasó acariciando su abrasada frente. Era el aliento de Murchana, que asustada de la funesta expresión del rostro de Annasser, se acercó á él para calmar si

(1) Almacari I, 232.

(2) El *verjel* de las delicias; es uno de los nombres que dan los árabes al Paraíso.

pudiese su delirio con sus caricias, é imprimió en la frente del moribundo un beso mas dulce y consolador que el rocío que bajaba en la aurora á refrescar los verjeles de Medina Azzahrá. Annasser sintióse trasportado, como por encanto, del infierno á las deliciosas moradas del Eden; y volviendo con aquella impresion de su penoso ensueño, vió á Murchana inclinada sobre él, en compañía de su hijo mayor el príncipe Alhacam, y ambos mostrando en el abatimiento del semblante el profundo dolor de sus almas. Abderrahman, cuando esto vió, lanzó de su pecho un hondo y profundo suspiro, y una lágrima de arrepentimiento rodó por sus extenuadas mejillas. Despues alzó sus ojos al cielo y bendijo á Allah, como si la intercesion de aquellos genios del bien le permitiera ya volver la vista á su Criador. Pero ya la mano inexorable de *Istafil*, el ángel de la muerte, le habia herido con su inevitable espada; y todos los cuidados de Murchana y de Azzahrá, juntas allí por un mismo sentimiento de amor, no bastaron para arrancar á la muerte aquella noble presa. Abderrahman Annasser murió, pues, entre los solícitos cuidados de sus mujeres é hijos, á los setenta y cuatro años de su edad, el día segundo ó tercero de la luna de Ramadhan, ó sea el 14 ó 15 de octubre del referido año 350 de la hegira, 961 de nuestra era. A pesar de su largueza y magnificencia, dejó inmensos tesoros en las arcas del erario público (1). Hé aquí el relato que hacen algunos autores árabes de su pompa fúnebre y de la elevacion al trono de su hijo y sucesor *Alhacam Almostanser Billah* (2).

Al dia siguiente, que fué un juéves, Alhacam, antes de todo, se hizo proclamar en el alcázar de Córdoba por los eunucos esclavos de la servidumbre y guardia del califa, cuyo jefe era cierto *Chafar*, caballero y guardajoyas mayor. Despues ordenó sus escuadrones y gente de guerra, en dos trozos, acaudillados, el uno por *Musa Ebn Ahmed*, y otro por *Abul Assbag*; y él á la cabeza de todos, marchó á Medina Azzahrá, acompañado de los emires sus hermanos, y muchos xeqes, alcaldes y varones principales. Todos llegaron á Medina Azzahrá por la noche, y entrando en el alcázar, se formaron en dos órdenes ó filas sobre la gran azotea ó explanada que en otro lugar dejamos descrita, entre las dos alas ó pabellones oriental y occidental. Ocuparon todos los asientos que les estaban destinados segun su clase y gerarquía; y el nuevo califa Alhacam Almostanser Billah se asentó tambien sobre el trono real, en el albahú ó pabellón dorado meridional que ocupaba la parte inferior del pequeño alcázar llamado del Califado, en medio de la azotea. Celebróse con toda solemnidad la ceremonia de su proclamacion, llegando primeramente á los piés de su trono para apellidarle califa, y jurarle fidelidad y obediencia los ocho príncipes sus hermanos, despues los wacires y sus hijos, y luego los caballeros esclavos de su *axxortha* ó guardia, y la gente de la servidumbre. Entonces los príncipes, wasires y demás personajes de cuenta ocuparon sus asientos, unos á la derecha y otros á la izquierda, y solo *Isa Ebn Fothais*, que desempeñaba las funciones de heraldo ó rey de armas, permaneció de pié para dirigir las palabras solemnes de la proclamacion á la muchedumbre del pueblo que se habia agolpado en la espaciosa plaza á que daba frente el palacio. Y en verdad que era espectáculo magnífico y grandioso el que ofrecia aquella proclamacion; pues primeramente, á un lado y otro del solio real se veian asentados los príncipes y gente principal, vestidos con trajes blancos, en señal de duelo (3), y sobre ellos ceñidas sus espadas, llegando desde el albahú dorado oriental hasta el occidental opuesto. Bien adelante de aquellos, y ordenados en dos filas sobre la azotea, se miraba parte de la lucida guardia de los esclavos, armados con anchas lorigas y ceñidos con sus espadas. Delante de estos esclavos formáronse en otras dos filas los esclavos tiradores de dardos

ó saeteros, con sus arcos tendidos y sus aljabas, hasta que se miró ordenada toda aquella lucidísima guardia de mancebos apuestos y armados con gran bizarria. Despues de los esclavos, desde la azotea, por las escaleras y zaguanes del régio alcázar, hasta el atrio y plaza vecina, formáronse en sus hileras los negros esclavos que asistian asimismo en la guardia del califa. Estos iban armados de pié á cabeza de la manera mas lucida, pues vestian sus lorigas de acero y encima tunicas blancas; cubrian sus cabezas con bruñidos capacetes, y en sus manos llevaban tarjas (4) de diversos colores y otras armas muy brillantes y vistosas. En la *Assudda* ó puerta principal del palacio asistian los porteros y sus ayudantes, y por fuera de la puerta se formaron los negros á caballo, hasta la otra puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab-Alacabbá* ó de las Bóvedas. Seguia mas adelante la caballería de los domésticos ó libertos del califa, y despues otros cuerpos de milicias, y otros negros y saeteros; todos los cuales fueron marchando unos tras otros hasta que llegaron á las puertas de Córdoba. Cuando tuvo fin la ceremonia de la proclamacion, ordenó Alhacam, que todos aquellos guardias y escuadrones acabasen de despejar el alcázar, marchando á la ciudad para preceder y acompañar al régio cadáver del califa, sin quedar en aquel recinto mas que los príncipes sus hermanos, los wacires y servidumbre (5).

Entretanto, con la muerte del emir Almumenin habia acabado el imperio de su favorita, y la gran señora Murchana, presentada allí por su hijo el emir Alhacam, habia vuelto á recobrar el puesto y autoridad que merecia. Azzahrá en medio de su mismo dolor, no pudo menos de comprender el cambio de su destino, y que de señora iba á ser sierva; mas siéndole forzoso acomodarse al tiempo, arrojóse á los piés de Murchana, y la suplicó que la perdonase el haberle robado el cariño de su real esposo. La sultana, al verla así humillada ante ella, no pudo estorbar que se pintase en su rostro una expresion de venganza satisfecha. Azzahrá lo advirtió, y no pudiendo mas que llorar, dió rienda suelta á sus lágrimas. Pero luego Murchana, con su bondad natural, reprimió aquel mal impulso, resto del pasado enojo, y la mandó levantar. Azzahrá, llorosa, la confesó cuán culpable se juzgaba, no solo por las amarguras y dolores con que habia acibarado su vida, sino por haber hecho levantar aquella costosísima fábrica en perjuicio de la redencion de los cautivos musulimes. La sultana respondió con dulzura:—«Erraste, hija mia; mas enjúguese para siempre ese llanto inútil. ¡Oh, flor! no quiero arrancarte de estos jardines; yo te los doy nuevamente con estos régios alcázares, para que derrames en ellos tus últimos aromas.»—Azzahrá la replicó:—«¡Oh, señora mia! ya flor marchita, solo debo prestar mi desfallecido perfume al verjel de un sepulcro. Permíteme que vaya á morir á la *raudha* de los califas (3) en el alcázar de Córdoba. Allí regaré con el rocío de mis lágrimas la palmera que Annasser plantó en otro tiempo para que diese sombra á su tumba, y las azucenas pálidas y melancólicas como yo, que crecen á su orilla.»—«Oh Azzahrá! dijo Murchana, no acrecientes mi pena con tus sentidas palabras. Yo de buen grado compartiria contigo esas solitarias vigiliass sobre su sepulcro, porque le amaba como tú; pero además fué su esposa, y no quiero ceder á nadie ese derecho. Tú prosigue habitando en estos lugares hasta morir, que hartos motivos encontrarás en ellos para llorar.»—Permitidme al menos, replicó Azzahrá, que le acompañe hasta su sepulcro y le dé mi postrera despedida.»—No te lo prohibo, respondió la sultana; cumpliremos juntas tan triste homenaje.» Así dijo Murchana, y se adelantó con paso majestuoso para unirse á la fúnebre comitiva de Annasser, rodeándola sus mujeres y esclavas. Azzahrá besó humildemente la orilla de su vestido, expresó con un suspiro su obediencia y resignacion, y se confundió con

(1) Ebn Jaldun, citado por *Alm.* I, pág. 215.

(2) El favorecido por Allah ó el que impetra su ayuda.

(3) Es cierto que bajo la dominacion de los califas de esta dinastía de los Beni Umeyas, el color blanco se usaba para el luto y duelo, así como entre nosotros el negro. Así lo afirma *Almaccari* en la relacion de este suceso. I, 251.

(4) En árabe *tars* ó *tars*, de donde vino el castellano *tarja*.

(5) *Almaccari* I, 250 y 51.

(3) Los árabes suelen llamar á los sepulcros y cementerios con el nombre de *raudha*, ó lugar ameno y florido; porque en su poética imaginacion los consideran como verjeles donde acuden á derramar su fecundante rocío las nubes de la mañana.

la muchedumbre de las mujeres, que semejando con sus blancos vestidos á una bandada de palomas, seguían las huellas de su señora Murchana.

En este momento, el régio cadáver, colocado en su ataúd, salía en hombros de sus esclavos por la puerta de Medina Azzahrá, y entonces su hijo, el nuevo califa Alhacam, salió también del alcázar, acompañado de sus hermanos, wácires y servidumbre, siguiendo todos al cuerpo del emir Almumenin (de quien Allah haya misericordia), hasta que llegó al alcázar de Córdoba, para ser enterrado allí en la *torba* ó cementerio de los califas (1).

Concluida la triste ceremonia, Murchana permaneció en el alcázar cerca del cuerpo de su real esposo, y consagró dichosamente el resto de sus días al cariño de su hijo el califa Alhacam. Azzahrá volvió á los alcázares de su nombre, donde se despojó de todas sus esclavas y servidumbre, y vivió casi solitaria con los recuerdos de su amante á quien sobrevivió pocos años.

A pesar de las inmensas sumas que el difunto califa había empleado en Medina Azzahrá, todavía fábrica tan prodigiosa no pudo concluirse enteramente, hasta quince años después de la muerte de Abderrahman Annasser, é imperando su hijo Alhacam, que fué el segundo de este nombre, y disfrutó con igual ventura del poder hasta su muerte acaecida en el año 366 de la hegira, 976 de nuestra era. Este emir, á imitación de su padre Abderrahman, no solo prosiguió embelleciendo mas y mas aquel real sitio, sino que siendo príncipe mas aficionado á las letras y artes que á las armas y guerras, empleaba allí su tiempo en los dulces cuidados y acaso en las delicias del amor que le inspiraba la hermosa *Radhia* (2). Esta doncella, natural de Córdoba, había entrado en otro tiempo en la servidumbre de la sultana, y como se señalase no menos que por su belleza, por su ingenio para la poesía, el emir Abderrahman se la había dado como gran presente á su hijo Alhacam, que por tales prendas la llegó á profesar el mas ardiente cariño, y la llamaba con el nombre de la *Estrella feliz*. A la muerte de Alhacam, Radhia hizo un viaje al Oriente, y en todas partes fué muy admirada y aplaudida por su extraordinario ingenio que la dió gran celebridad en su siglo (3).

En los alcázares de Medina Azzahrá, recibió con gran ostentación el emir Alhacam á los rasules ó enviados del rey de Galicia (4) y el conde de Castilla (5), que vinieron á concertar con él un tratado de paz. Festejólos el califa espléndidamente en aquellos palacios y jardines, con que quedaron no menos pagados de su cortesía y magnificencia, que maravillados de las riquezas y bellezas artísticas que se ostentaban, especialmente en el gran alcázar. Al despedirlos después de ajustadas las paces, envió con ellos el emir á uno de sus wácires con cartas para el rey de Galicia y con el presente de dos generosos corceles ricamente enjaezados, dos balcones muy adiestrados para la caza, y algunas espadas de gran precio, fabricadas en las armerías de Toledo y Córdoba. Aquellos emires, sino por granjearse el afecto de otros príncipes muy inferiores á ellos en poder, todavía por hacer gala de sus riquezas y liberalidad, nunca escaseaban tales demostraciones y regalos.

Asimismo cuentan las historias árabes que en el año 336 de la hegira, 937 de nuestra era, el califa Alhacam, ocupando su trono en el alcázar de Azzahrá, recibió á los embajadores de los emires Idrisitas de Africa, que vinieron á tratar con él alianza, y reconocerle vasallaje (6).

En Medina Azzahrá también hospedó y alojó Alhacam, como

príncipe tan amante de las letras, á muchos de los ingenios mas célebres de aquel tiempo, para poder disfrutar así mas de cerca de su trato y conversacion. En el recinto de aquel sitio real hizo dar una hermosa casa á su cronista, el célebre escritor *Ahmed Ebn Said el Hamdani*, que escribía á la sazón una historia de la España árabe (1).

Los califas que sucedieron á Alhacam hasta la caída del imperio y dinastía de los Omiadas, siguieron frecuentando el alcázar de Medina de Azzahrá, como á sitio real y residencia de verano.

## VI.

Mas á pesar de todo el empeño de los hombres por conservar aquel lugar de delicias, forzoso era que con su desolacion se cumpliesen las maldiciones que sobre él había lanzado Allah. Este suceso acaeció desde el mediodía del martes 23 del mes de Chumada 2.º, hasta el mediodía del miércoles siguiente del año 399 de la hegira, ó sea del 23 al 24 de febrero del año 1009 de nuestra era. Fué así que imperando Hixem II, nieto de Abderrahman III, se alzó contra el cierto Mohammed Enb'Hixem en dicho año, y se tituló con el sobrenombre régio de *Almahdi* (2). Era á la sazón *hagib* ó ministro de Hixem, *Abderrahman el Amerita*, hijo del famoso Almanzor; pero así este como otro hermano suyo, llamado *Abdelmelic*, que sucedieron á Almanzor en el gobierno del estado, faltos del talento político de su padre, dejaron hundirse el trono de los califas. Mohammed Almahdí, pues con la gente de su parcialidad cercó al califa Hixem en su misma capital Córdoba. La gente de guerra que la guarnecía, descontenta del *hagib* Abderrahman, le entregó á los enemigos; de manera que Almahdí pudo entrar en Córdoba, donde desposeyó al califa, le echó en prisiones, é hizo matar á su *hagib*. Los partidarios y milicia de Almahdí que eran negros y gente foragida, entraron al saqueo en el alcázar de Córdoba y en el de Medina Azzahrá, y no solamente los despojaron de gran parte de sus alhajas y riquezas, sino que destruyeron y asolaron cuanto pudieron (3). Los estragos de aquellas alteraciones y guerras que prosiguieron largo tiempo todavía, al par que apresuraban la ruina del poderoso imperio de los Beni Umeyas, completaron la desolacion del monumento mas grandioso que fundaron aquellos emires. Apenas habian pasado cuatro meses que Mohammed Almahdí destronando al califa Hixem se alzara con el trono de Córdoba, cuando, imitando su ejemplo, se levantaron para disputarle el poder otros caudillos y varones principales, como sucede en aquellos tiempos de revueltas en que lo venturoso del resultado autoriza, sino justifica, la ambicion y la rebeldía. El rival de Almahdí fué *Suleiman*, jefe del partido bereber en Córdoba, el cual proclamado Emir por los de su bando el día 6 de la luna de Xawal de la hegira 399 (el 3 de junio de 1009), después de varios sucesos y contiendas de armas con su contrario Almahdí, al fin en tal aprieto le puso, que le obligó, para sostener su causa, á llamar en su socorro á los condes Raimundo, de Barcelona, y Armengol, de Urgel (4). Con esta ayuda Almahdí logró prevalecer contra su enemigo Suleiman, vencéndole y derrotándole en la famosa jornada de *Acaba Albacar* (5), acaecida en el mes de junio del año 4010 de nuestra era. Suleiman desbaratado, se retiró con sus hereberes á Medina Azzahrá, de donde no mirándose seguro, aquella misma noche salió con su gente para buscar asilo en parte mas lejana y exenta de peligro.

J. JAVIER SIMONET.

(Continuará.)

(1) La palabra *torba*, que quiere decir *tierra*, se usa por algunos historiadores árabes de España y muchos de Africa, en el mismo sentido que entre nosotros panteon, ó sea enterramiento particular de algunos personajes ó familia.

(2) *Radhia*, significa la complaciente, la que complace con su vista.

(3) Escribió muchos libros de oratoria y elocuencia, y murió en 423 de la hegira, 1032 de J. C., á la edad, según se cuenta, de 107 años.

(4) Sancho I, que murió en 966 de nuestra era.

(5) Garci-Fernandez que gobernó en Castilla desde 969 á 966 de J. C.

(6) *Bayan Almogreb*, parte 2.ª, pág. 231.

(1) Este Ahmed, llamado tambien por sobrenombre *Shendi*, natural de Córdoba, fué gran jurisconsulto é historiador. Murió en 399-400.

(2) El predestinado.

(3) Cuenta estos sucesos; *Almaccari* I, 379.

(4) Fueron hijos del conde Borrel, á cuya muerte acaecida en el año 991 de J. C., se repartieron aquellos estados. Tocando á Raimundo el condado de Barcelona, y á Armengol el de Urgel.

(5) Es decir, la cuesta de las Vacas, lugar á diez millas de Córdoba. Otros escriben *Dar Albacar*.



TALLER DE HABANOS PENINSULARES.

El día 17 de mayo de 1790 fué un día de fiesta y de alegría para los habitantes del barrio de Embajadores. El rey Carlos IV debía poner á la una de su mañana la primera piedra de la fábrica de cigarros. Desde por la mañana se notaba gran animación en los preparativos de la fiesta. La guarnición, vestida de gala, ocupaba todos los alrededores del sitio marcado para la construcción del edificio. En medio se elevaba un aparato que sostenía la piedra que el rey debía colocar. El pueblo se apiñaba detrás de las filas de los soldados, quería presenciar este espectáculo tan útil y provechoso para él. La creación de la fábrica de tabacos en Madrid, debía dar trabajo á mas de dos mil operarios y operarias, y esto el pueblo lo había conocido mucho mejor que nadie en aquellas circunstancias.

El estampido del cañon anunció la llegada del rey; mil gritos poblaron el aire. El rey bajó de su carroza, acompañado de sus dos hijos el principe de Asturias y el infante don Carlos. Despues de las ceremonias de costumbre, y de haber colocado el acta de la inauguracion y una moneda de cada clase de las que corrian en aquel tiempo en una cajita de hoja de lata dentro del hueco que debía cubrir la piedra inaugural, el rey se retiró á su palacio, aclamado por un pueblo á quien aquel día y con la inauguracion de la fábrica, ofrecia un arbitrio para el alivio de sus miserias.

Desde el día siguiente empezaron las obras del edificio, y poco á poca fué levantando, teniendo alternativas por la causa del dinero, porque los asuntos políticos no dejaban tiempo al rey para ocuparse de semejantes negocios. Por fin, el año de 1801 el edificio estaba completamente concluido, formando un paralelógramo rectangular, con cuatrocientos veinte y ocho pies en las líneas mayores y doscientos treinta y siete las menores.

El zócalo en su mayor parte es de granito; tiene piso bajo y principal, con veinte y nueve hancos en cada uno decorado por jambas: tres buenas portadas, que tambien son de granito, adornan la fachada principal. La fachada del centro tiene dos pilas-tras dóricas con triglifos en el cornisamento, que es la repisa del balcon principal, en donde está el escudo de armas. Las otras dos portadas son mas sencillas é inferiores, están solamente adornadas con jambas. Todo el edificio está adornado de una cornisa de piedra.

La lámina que damos á nuestros lectores, representa una de las salas del edificio, ó sea el taller de habanos peninsulares: se compone de veinte y un ranchos ó mesitas ocupadas por seis operarias cada una, que componen ciento veinte y seis empleadas en la fabricacion de cigarros, por cuyo paquete, que consta de cincuenta y un cigarros, cobran sesenta maravedises, siendo de primera clase, y cuarenta y seis por los de segunda.

Los talleres están bastante bien dirigidos, y su distribucion es buena. El taller del picado, en donde hay dos máquinas, es un salon bastante grande, y donde diez hombres solos pican al mes seiscientas arrobas, por las que se les abona á razon de tres cada una. Además de estas máquinas existen catorce mesas con sus correspondientes cuchillos, en las que trabajan veinte y ocho hombres, y pican, poco mas ó menos, al mes mil setecientas arrobas, y se les satisface á cuatro reales. El taller mas grande es el de mixtos, que consta de cien ranchos, ó sean seiscientas mujeres, abonándoseles por cada paquete cuarenta maravedises; pero el taller que lleva la palma y que da vuelta á todo el edificio, es el de cigarros comunes, y se compone de trescientos diez y seis ranchos ó sean mil ochocientas noventa y seis jornaleras, á quienes se paga veinte y seis maravedises por paquete. El taller de embotado se compone de ciento veinte y seis mujeres que ganan ochenta maravedises por cada cien paquetes de una onza. El taller del espallado consta de nueve-cien operarias, á quienes se abona dos reales por cada arroba de tabaco en rama que desvenan. El taller de tusás está á cargo de una contratista que con doce compañeras elaboran mensualmente dos mil cuatrocientos mazos, por los cuales percibe aquella dos mil reales. Ultimamente, el taller de cigarrillos de papel, es tambien por contrata, y tiene en la actualidad doscientas operarias que ganan á cuatro y medio reales por cada cien cajillas. Hay ade-

mas empleados en las faenas del almacen, cuarenta y tres operarios, cuyo sueldo diario es de ocho reales. El tabaco que por un quinquenio se elabora, sin incluir el que se pica, por ser moderna esta labor en la fábrica, es de trescientos treinta y siete mil novecientas veinte y siete libras, y su coste de siete millones ochocientos veinte mil setecientos veinte y un reales vellon. Existe en este edificio una escuela de instruccion primaria para niños, otra para niñas, y otra para párbulos, con sus correspondientes maestros, y además la última con maestra. En ellas solo se admiten los hijos de los operarios del establecimiento, á cuyos maestros satisfacen con ocho cuartos cada uno que tiene un niño, y seis cuartos por cada rancho en todas las datas.

## AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

- Espera, la dije, ¿no quieres tener nada mio?
- ¡Oh! sí, sí.... el recuerdo.... y el agradecimiento. ¿No basta eso?
- Bien, me quedo con ese dinero, aunque seria mejor que los mil reales restantes se los entregases á la señora Adela.
- Los gastaria en aguardiente.
- Me rindo, pero con una condicion.
- ¿Cuál?
- Ven mañana á almorzar conmigo.
- Meditó durante un momento Amparo y contestó:
- Vendré. Afortunadamente es domingo.
- Y saludándome alegremente escapó.
- ¡Ah! tiene V. suerte, me dijo Mauricio; es una prenda de rey.

Recuerdo que Mauricio, recordando un puntapié que le valió esta observacion, habló en lo sucesivo con el mas profundo respeto de la señorita Amparo.

Fuime á una joyería y gasté los tres mil reales que me habia dado Amparo, en una bonita cruz de diamantes para ella. La joya era de muy buen gusto, y debía parecer muy bien en el bonito cuello de la muchacha.

Además necesitaba dejar bien puesta mi vanidad.

Aquella inesperada devolucion la habia humillado.

Amparo me trataba, por decirlo así, de potencia á potencia. Yo no podia conservar aquel dinero.

Mi vanidad quedaba á cubierto, regalándola la cruz.

Solo con este objeto la habia convidado á almorzar conmigo.

El día siguiente á las once, Amparo estaba en mi gabinete, donde Mauricio habia servido la mesa.

Mientras Amparo se quitaba el manto con una hechicera confianza, Mustafá, que sin disputa era mi amigo, sentado enfrente de mí, meneaba lentamente la lanuda cola y me miraba de hito en hito.

Yo contemplaba á Amparo con el mismo placer con que se contempla una cosa bella, fresca, pura, encontrada por acaso en el erial de la vida.

Era una niña, en toda la extension de la frase, espigadita, esbelta, con bonitas manos, ojos hermosos, y una montaña de cabellos negros y brillantes, agrupados en trenzas; muy blanca, muy pálida y muy delgada.

Tenia la seduccion de la pureza confiada en sí misma, que por nada se alarma, que nada teme: iba de acá para allá, y me lo revolvia todo.

¡Cómo se conoce que aquí no hay una mujer! decia: polvo por todas partes, ¡y un desorden!... todo lo que hay aquí es bueno y bello; pero seria mas bello, pareceria mucho mejor, si estuviese colocado en su sitio. Y luego... ¡estas armas! ¿para qué son estas armas? ¿á quién tiene que matar un hombre honrado?

— Son objetos de arte, la dije.  
— Traed, pues, á vuestro gabinete un cañon de á veinticuatro cinkelado.

¡Ah! ¿no crees que sea necesario alguna vez...?

¡Nunca!

— ¿Ni aun por un asunto de honor?

— Me horrorizaria un hombre que por una cuestion de honor hubiera matado á un semejante suyo... ¿y estos libros?... añadió pasando con la mayor facilidad de un objeto á otro. ¡Novelas!... Creo que en lo peor en que puede ocupar un hombre su talento es en escribir novelas.

— ¿Por qué?

— ¿No basta la vida real? ¿qué necesidad hay de exagerarla?

— La novela enseña.

— La novela vicia las costumbres.

— Eso lo dirá el padre Ambrosio.

— Sí por cierto; y hasta para mí que el padre Ambrosio lo diga: es un ángel. ¡Ah! el padre Ambrosio sabe que vengo á almorzar con V.

— Y ¿qué te ha dicho?

— Nada; absolutamente nada. ¿No sabia el padre Ambrosio que iba sola de noche á recoger trapos por las calles?

Este recurso á sí misma, esta manifestacion de fuerza me encantó.

— ¿Y son estas las novelas que V. lee? dijo con severidad Amparo, que habia ojeado uno de mis libros. ¡Oh! esta novela en ninguna parte está mejor que en el fuego.

Y arrojó el libro á la chimenea.

Era un tomo del *Baroncito de Faublas*.

Solo habia tenido tiempo de leer algunas líneas Amparo, y se habia puesto encendida como una guinda.

Así con las tenazas el libro y le saqué de la chimenea donde olía mal, arrojándole á la jofaina

Prometí á Amparo hacer un auto de fe con todos mis malos libros, y mediante esta promesa se restableció nuestra buena armonía.

En seguida nos pusimos á almorzar.

Yo habia cuidado de que el almuerzo fuese muy sencillo y compuesto de alimentos acomodados á las costumbres de Amparo.

Era, en fin, un verdadero almuerzo español, con el indispensable chocolate.

Amparo comia con apetito y sin encogimiento.

Mustafá sentado junto á ella gruñía con impaciencia excitado por el olor de los manjares.

Puse un plato al leal compañero de Amparo, que me dió las gracias con una sonrisa, y acarició despues con su pequeña mano la cabeza del perro, que comia con ansia.

— ¡Ah! dijo hablando con él, esta es la primera vez que almorzamos bien, Mustafá.

— Pues así puedes almorzar, la dije, todos los días.

Pintóse una expresion de reserva en el semblante de Amparo.

Comprendí que el mundo especial en que habia vivido, ese mundo que se llama *casa de vecindad*, donde resaltan todas las miserias, todas las abyecciones, todas las ignorancias, la habia hecho recelosa y desconfiada.

— Puedes almorzar así todos los días, la dije, si consientes en que se realice lo que he pensado respecto á tí.

Amparo me miró con una profunda y grave atencion, y me preguntó:

— ¿Y qué ha pensado V.?

— He pensado, primero, en que la posicion en que te encuentras es muy precaria.

— He nacido pobre, me contestó con altivez; mi porvenir es el trabajo; acaso con mucha aplicacion y alguna suerte podré adelantar; tener dentro de algunos años un taller mio.

— ¿Y las enfermedades?

— ¡Buena manera de alentar á los pobres!

— Es que yo quiero asegurar tu suerte.

Amparo habia dejado de comer, y noté que habia perdido enteramente su tranquila confianza; que estaba preocupada, disgustada, pesarosa de haber ido á almorzar conmigo.

— Soy rico, la dije, muy rico; sobrino de un grande de España que no tiene hijos, ni los tendrá probablemente, heredaré sus rentas y su grandeza.

Nublóse mas el semblante de Amparo.

— No pienso casarme jamás, continué, y quiero que seas mi hija adoptiva.

Amparo me miró de una manera penetrante, como si hubiera querido asegurarse de hasta qué punto eran verdad mis palabras y la marcada conmocion con que las habia pronunciado.

Sin duda mis ojos dejaban ver claro lo que mi alma sentia, porque la expresion de reserva y de duda desapareció del semblante de Amparo, sustituyéndola una dulce expresion de consuelo.

— ¡Ah! exclamó: ¡Quiere V. remplazar á los padres que he perdido!

Y aunque procuró dominar su conmocion, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Yo gozaba; no sabré decirlo qué placer; pero me sentia feliz y jóven, y poderoso: me sentia engrandecido.

— Sí; la dije, mientras ella callaba, con la vista inclinada, las megillas encendidas, sobresaltada: quiero que no vuelvas al taller.

— ¿Y qué he de hacer? me dijo. ¿Gravar á V.? ¿vivir en el ocio? No, no podria.

— Quiero que entres en un colegio.

— ¿Y para qué? No; eso no puede ser. Yo no acepto la adopcion de V.

Ya te he dicho que estoy resuelto á no casarme jamás. Aunque soy jóven, mi corazon está ya gastado; es muy viejo. Nada espera, nada desea.

— ¡Oh! ¡No; no me diga V. eso! No quiero creerlo! ¡Una vida así debe ser horrible!

— ¡Horrible, sí! ¡muy horrible! Por lo mismo es necesario que un deber me ligue al mundo, á la vida: representa tú ese deber.

— Bien; me dijo, mirándome con una expresion que no pude comprender, acepto; seré su hija adoptiva de V... pero en un convento.

— ¡En un convento! ¡monja tú!

— Sí; una vez monja, mi porvenir está asegurado.

— Pero tú, que empiezas ahora á vivir... ¡renunciar de tal modo á la esperanza!

— Es lo único que aceptaré de V., un dote reducido, cuanto baste...

— No.

— Pues no hablemos mas de ello.

Y se levantó.

— ¿Te vas ya? dije.

— Sí señor; no quiero pasar mucho tiempo fuera de casa.

— Pero ¿volverás?

— Acaso no.

— ¿Y por qué?

— ¡Oh! ¡Me ha hecho V. sufrir! Adios.

— Espera. No quiero obligarte á que vuelvas; pero por si no nos volvemos á ver, acepta esta memoria mia.

Y tomé de sobre la repisa de la chimenea el estuche que contenia la cruz que habia comprado para ella el dia anterior, y se lo di.

(Continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚMERO 25.

El mundo hace lo mismo con la juventud que con las plantas el sol: ó la alimenta ó la mata.

MADRID.—Imprenta de MANUEL GALIANO,  
Plaza de los Ministerios, 3.

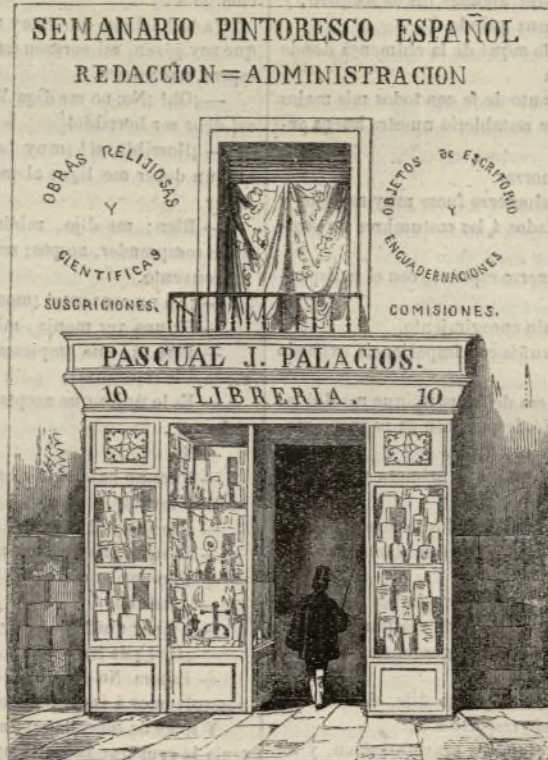
# SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

AÑO XXI. -- II SEMESTRE.

DIRECTOR LITERARIO, **EXCMO. SR. D. JOSE MUÑOZ MALDONADO**, CONDE DE FABRAQUER.

Esta publicacion que se halla en el segundo semestre del año veinte y uno de su publicacion, es la mas antigua que sale á luz en España. El apoyo que siempre ha encontrado en el público, es su mejor elogio. El nuevo editor, al hacerse cargo de ella, y atendiendo al compromiso que su antiguo director tenia con los suscritores de regalarles los almanaques de primavera y verano, considerando la inoportunidad de estos, una vez tomado el *Omnibus* que se regaló, ofrece desde el presente mes de julio una *Revista mensual* ilustrada con los sucesos mas notables, tanto en acontecimientos como en modas, teatros, etc. Constará de medio pliego del tamaño del *Semanario*, y se repartirá con el último número de cada mes.

La direccion de esta Revista está encomendada á una pluma aventajadamente conocida en estos trabajos.



La Redaccion y Administracion se halla situada en la calle del Desengaño, núm. 10, libreria, donde se dirigirá toda la correspondencia, y se admiten suscripciones á los precios siguientes:

|          |                    |                   |
|----------|--------------------|-------------------|
| Un año.  | 36 rs. en Madrid y | 48 en provincias. |
| 6 meses. | 20 Id.             | 24 Id.            |
| 3 Id.    | 12 Id.             | 14 Id.            |
| 1 Id.    | 4 Id.              | ,                 |

Editor propietario, D. PASCUAL J. PALACIOS.